

EL DÍA

bitácora latinoamericana

El Libro de Arena

por Miguel DONOSO PAREJA

Después de leer *El libro de arena* (Emecé, Buenos Aires, 1975), de Jorge Luis Borges, sólo nos queda reconocer que, incluso repitiéndose, Borges es Borges, es decir, un gran escritor. Abriendo el paraguas antes de que llueva, él mismo advierte el lector —y más que al lector al crítico, ya que el primero sólo gozará de los textos, sin importarle las repeticiones— que “a mis años —he nacido en 1899—, no puedo prometer ni prometerme sino esas pocas variaciones parciales, que son, según se sabe, el recurso clásico de la irreparable monotonía”.

Borges dice bien, pero no en lo que respecta a las variaciones que, sin lugar a dudas, él sabe manejar con sabiduría, una sabiduría que excluye cualquier posibilidad de caer en lo monótono.

En cuanto a la definición misma de sus cuentos, nos da una que niega cualquier posibilidad adicional, cualquier consideración más: “He querido ser fiel, en estos ejercicios de ciego, al ejemplo de Wells: la conjunción de un estilo llano, a veces casi oral, y de un argumento imposible”. La definición es exacta, como son exactas todas las elucubraciones borgianas, aún siendo falsas. Su gran virtud es, a la postre, lograr la verosimilitud literaria. A partir de ella, de su realidad en el texto, todo es verdad, encontrando, incluso, verdades que nada tienen que ver con su pensamiento y su accionar en la realidad.

De los trece cuentos que conforman el volumen, tres son los más gratos a Borges: *El Congreso*, *Utopía de un hombre que está cansado* y *El libro de arena*, que da título a la colección. Sin embargo, los tres son los menos logrados, los menos cuentos, los más torpes en cuanto a su historia y su estructura. A pesar de ello, quizás precisamente por ello, son los más cargados de ideas. Borges está en los tres de cuerpo entero; y como quiere decirse, definirse, cuenta menos, elucubra en función de sí mismo, no del texto.

Los tres cuentos conmueven, pero conmueven no por ellos mismos sino por la identificación con el autor. Producen tristeza, como por ejemplo *Utopía de un hombre que está cansado*. Sin duda, el hombre que “está cansado” es Borges. Y eso lo sabe el lector, lo cual no es muy recomendable, sobre todo en relación a la trascendencia misma del texto cuando esté libre de la presencia, patética en este caso, del autor.

Hay otros cuentos, en cambio, que son extraordinarios. Estos son, para nuestro gusto, *There are more things*, homenaje sin mácula (literaria) a Lovecraft, *La noche de los dones* (el más intenso, humano y logrado del volumen) y *Undr*, que encierra una visión totalizadora del mundo y de la vida, resumida en la palabra “Undr”, que quiere decir maravilla. Borges escribe: “Me sentí arrebatado por el canto del hombre que moría, pero en su canto y en su acorde vi mis propios trabajos, la esclava que me dio el primer amor, los hombres que maté, las albas de frío, la aurora sobre el agua, los remos. Tomé el arpa y canté con una palabra distinta”.

Después vienen cuentos que nada tienen que pedir a la obra anterior de Borges: *El otro*, *Ulrica*, *El soborno* (extraordinariamente logrado) y *Avelino Arredondo*. Y alguno que otro definitivamente malo, repetitivo y sin recreación, como *El disco*, en el que Borges no hace sino volver a una vieja obsesión que no es capaz de revitalizar.

Así y todo, *El libro de arena* es excelente, no sabría decir si para mayorías o para minorías, por más que el gran maestro argentino diga que no escribe “para una minoría selecta, que no me importa, ni para ese adulado ente platónico cuyo apodo es la Masa. Descreo de ambas abstracciones... escribo para mí, para los amigos y para atenuar el curso del tiempo”. Lo único cierto es que su público interlocutor es auténtico —él mismo y sus gentes más cercanas— y que por ello logra la comunicación y la vitalidad que tienen sus textos.